

APRENDER
APRENDER

Dentro de las ciencias sociales, la economía convencional ha pretendido asemejarse más que ninguna otra a las ciencias naturales en su capacidad explicativa y predictiva, con base en el gran desarrollo de la modelación matemática y de la sofisticación técnica. Además, la economía ha recibido especial atención del personal técnico-político de los gobiernos durante este siglo debido a que es fundamental en el diseño de políticas estatales. Diseños económicos equivocados han hundido a gobiernos y partidos políticos: el salario, el empleo y la inflación son variables económicas pero con repercusiones políticas importantes.

La *main stream* o "corriente principal" que se impuso desde principios de los ochenta en las concepciones económicas de nivel internacional fue un conglomerado de teorías que tienen en común el rechazo a la intervención estatal en la economía, la idea de hombre racional, la existencia de factores exógenos y la confianza en el carácter asignador del mercado. El neoliberalismo, complejo de estructuras, concepciones y acciones se nutre de esta *main stream*. Durante los ochenta esta orientación en la economía parecía invencible: keynesianos y marxistas fueron reducidos a la "ilegitimidad" frente al arrollador neoliberalismo impuesto desde el poder de los estados. Sin embargo, hacia mediados de los noventa el neoliberalismo mostró signos de agotamiento; el mundo se globalizó, pero no eliminó las diferencias nacionales o regionales.

Sin embargo, el advenimiento de la economía neoliberal tiene una historia. Como toda ciencia, la economía es producto de relaciones de fuerza, fracasos y éxitos, críticas internas y externas a la teoría, cambios incrementales y ruptura de paradigmas. El propósito de este libro es revisar algunos de los cambios conceptuales más importantes de la ciencia económica en este siglo, particularmente en lo que se refiere a su campo de estudio, la noción de macroeconomía, la teoría de los precios y el concepto de desarrollo; y de esta breve historia conceptual se podría concluir que las *main streams* están históricamente determinadas y que en la ciencia y en la sociedad nada llega para quedarse para siempre.

EGT


siglo
veintiuno
editores

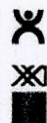


968-23-2134-4



9 789682 321344

Ciencia económica. Transformación de conceptos ■ Enrique de la Garza Toledo (coordinador)



APRENDER
APRENDER

Ciencia económica Transformación de conceptos

Enrique de la Garza (coordinador)

Etelberto Ortiz Cruz

Alberto Benítez

Eugenia Correa

Gregorio Vidal




siglo
veintiuno
editores



mas aludidos. En mi opinión pueden ser útiles para renovar los estudios sobre la estabilidad así como para simular el comportamiento de los mercados reales. En particular, para estudiar el grado de competitividad de los mismos.

EL CONCEPTO DE DESARROLLO Y SU TRANSFORMACIÓN

EUGENIA CORREA* y GREGORIO VIDAL**

La competitividad internacional es un elemento central en el proceso de globalización

Términos tales como economía mundial y economías abiertas; mercados globales y competitividad internacional; integración económica, libre comercio e interdependencia han ganado fuerza en la literatura económica. El creciente volumen de operaciones financieras privadas internacionales, por sólo citar un hecho, parece darles sustento a estos conceptos. Se incorporan realidades tales como la gestión multinacional de las corporaciones, la creciente magnitud del comercio internacional, la universalización de los patrones de consumo, para caracterizar las nuevas tendencias económicas. Se alude además a los procesos de integración en Europa, al TLC de América del Norte, al Mercosur y a las diversas asociaciones y acuerdos que vinculan o relacionan a los países en el Asia del Pacífico.

La brecha misma entre el crecimiento de las economías y el comercio internacional durante los últimos años, también ha sido un soporte para el concepto de globalización. Por ejemplo: la Organización Mundial de Comercio (OMC) reportó la continuidad en el crecimiento en 1995, proyectando un menor incremento en 1996; pero un aumento mayor en ambos años del volumen del comercio de mercancías en el mundo. El punto de vista de la OMC es que esta diferencia "...indica que la

* Profesora titular del posgrado de la Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México.

** Profesor titular del Departamento de Economía. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

globalización continúa con una marcha rápida" (OMC, 1996: 2). La constatación por parte de la OMC y de otros organismos internacionales de que la fuerza dinámica de la actividad económica procede del crecimiento del comercio internacional, se sostiene particularmente en los últimos años, cuando nuevamente el comercio crece más rápidamente que la producción en las mayores economías. Por ello, la OMC afirma que "...en contraste, la última vez que el producto creció en 3%, en 1986, el comercio creció solamente en 4.25%" (OMC, 1996: 2).

Esta tendencia a la expansión acelerada también se confirma en los mercados internacionales de capital durante los años noventa. Así, en 1996 el financiamiento internacional alcanzó un nuevo récord, con la cifra de 1 billón 571 mil millones de dólares, con un incremento del 22% en relación con 1995 (OCDE, 1997: 5).

La globalización se constituye así en el paradigma. Por lo que globalización y desarrollo deben encontrarse en América Latina. El Banco Interamericano de Desarrollo (BID) efectuó recientemente una amplia evaluación de la dinámica macroeconómica y del estado de las reformas estructurales. De los hechos que presenta destaca que sólo dos países de la región (Surinam y Haití) se encuentran en -lo que el BID denomina- la fase de adopción del ajuste. El resto de los países del área transitan por la fase de tensión, la de recuperación y auge o, en su caso, la de corrección o crisis (BID, 1996: 33-34). El propio Banco plantea que para valorar el alcance y profundidad de las reformas estructurales -cuyo objetivo ha sido "...mejorar la eficiencia, acelerar el crecimiento económico y elevar los ingresos y el bienestar de la población..." (BID, 1996: 71)- deben ponderarse cuestiones como las siguientes:

a] Importante disminución en los aranceles. Considerando la región en su conjunto, éstos descienden desde el 44.6% en los años previos a las reformas al 13.1% actualmente.

b] Los permisos y otras restricciones a las importaciones se han reducido: antes afectaban 33.8% de las importaciones y actualmente sólo 11.4 por ciento.

c] Desregulación cambiaria, lo que ha implicado una reduc-

ción del 2% del diferencial cambiario entre los tipos de cambio de mercado y oficial, cuando -según la misma fuente- en 1989 el diferencial era del 72 por ciento.

d] Desregulación y liberalización de las tasas de interés. En la mayor parte de los países de la región los encajes, en caso de existir, están por debajo del 20%. En todo caso, como elemento positivo, el Banco destaca los avances en la regulación prudencial del sistema financiero.

e] Los procesos de privatizaciones en los que, de acuerdo con el Banco, la región ha sido líder mundial en los años noventa. Las 694 empresas vendidas representan por su valor más de la mitad de las transacciones de privatización efectuadas por los países en desarrollo (BID, 1996: 71-72).

Se trata, en síntesis, de una estrategia de ajuste económico y reforma estructural que acentúa la apertura económica y coloca la competitividad internacional como uno de los elementos centrales de esta reforma. Sus planteamientos coinciden con lo que en cierta literatura se ha definido como el *Washington Consensus* (Williamson, 1990). La actual reforma económica con base en dicho marco de propuestas, ha profundizado la relación regional y en particular de México con la economía de Estados Unidos y con los intereses de los capitales que en ese país están conduciendo su propio proceso de transformación económica.

La propuesta de reforma económica contenida en el *Washington Consensus* articula las ideas e intereses del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y sectores del poder ejecutivo de Estados Unidos; pero también, incluye los del Banco Interamericano de Desarrollo y algunos miembros del congreso de aquel país con intereses en América Latina. Esta es la forma que adopta el discurso neoliberal en la región y que implica mucho más que una política económica, en la medida en que comprensivamente incluye para todas las clases sociales una noción de progreso a partir del mercado. Su pretensión totalizadora, asumida en la práctica social por los más diversos agentes económicos y políticos, lleva a que se constituya en una ideología: da paso al renacimiento de la ideología del libre cambio que, como en otras épocas de crisis profunda, difunde

la convicción de que la libertad económica es la condición del progreso.¹

Por otra parte, en los últimos años, otros estudios han enfatizado el combate a la pobreza y a la extrema pobreza, aparentemente confirmando que la discusión sobre desarrollo, en su contenido más amplio, no tiene cabida en nuestros días en virtud del automatismo del mercado. Más aún, en la globalización económica, las asimetrías en el desarrollo entre las naciones, se transforman en eficiencias e ineficiencias que encuentran resolución en condiciones de libre mercado. Razón de competitividad y eficiencia, libre mercado que en todo caso puede ser acompañado temporalmente por programas que limiten las más agudas condiciones de pobreza. Sin embargo, los procesos de transformación económica en curso revelan una mayor complejidad.

Europa se prepara para alcanzar una etapa más avanzada de la integración con la moneda única. A pesar del cúmulo de conflictos de todo orden para la gran concertación en el Tratado de Maastricht y de los procesos de ajuste regresivo en los últimos años han tenido que considerar políticas para enfrentar las notables asimetrías regionales. Así, Maastricht incorpora compromisos regionales respecto del problema de la desigualdad y del mayor desarrollo por países y regiones. En el denominado *Libro Blanco del Mercado Interior* se afirma: "La Comisión es consciente de que puede haber riesgos y de que, al aumentar las posibilidades de libre movimiento de recursos humanos y de servicios financieros hacia zonas económicamente más favorecidas, pueden agudizarse las diferencias entre regiones y, por consiguiente, ponerse en peligro el objetivo de convergencia"

¹ Al respecto, Gramsci señaló: "Las posiciones del movimiento del libre cambio se basan en un error teórico cuyo origen práctico no es difícil de identificar, pues reside en la distinción entre sociedad política y sociedad civil, que de distinción metódica es transformada en distinción orgánica y presentada como tal. Se afirma así que la actividad económica es propia de la sociedad civil y que el Estado no debe intervenir en su reglamentación. Pero como en la realidad efectiva sociedad civil y Estado se identifican, es necesario convenir que el liberalismo es también una reglamentación de carácter estatal, introducida y mantenida por la vía legislativa y coercitiva" (Gramsci, 1975: 54).

(Vázquez, 1996: 152). El problema no se restringe a la incorporación de los países con menor desarrollo relativo como Grecia y Portugal, incluye territorios y regiones de los países más desarrollados.

Como en años previos, en Europa el territorio económico más desarrollado ha sido también el más propicio al proceso de integración. Se trata de la zona que se conoce como *Hot banana*, constituida por una franja de 1 500 kilómetros de largo y 300 de ancho que va del norte de Italia, pasando por Francia, Alemania, Bélgica y Holanda hasta el sur de Inglaterra. Esta zona representa 30% del territorio de la Unión Europea (UE), con 45% de la población y 60% de la producción. El ingreso *per capita* oscila entre 120 y 180% del ingreso *per capita* medio en la UE (Vázquez, 1996: 153).

Con el reconocimiento de estas desigualdades, la política económica de la UE ha establecido, desde hace años, diversas agencias financieras, cuya operación se mantiene vigente y que constituyen uno de los componentes clave en el futuro del proceso de integración. Los resultados que se alcancen serán un dato para evaluar la viabilidad de la integración en el mediano y largo plazos.² Más allá de la crítica que tal estrategia de reforma económica nos merezca y los límites que sobre sus objetivos puedan establecerse, el hecho es que coloca en la mesa de la discusión nuevamente el problema del desarrollo, entendido como tarea acotada históricamente.

Como en el pasado, la profundización del desarrollo implica la permanencia de regiones con un atraso relativo que precisamente no son capaces de generar las condiciones para alcanzar endógenamente el modo de resolver sus necesidades, durante el proceso de transformación. El ejemplo de Europa plantea claramente la necesidad de mantener la discusión y la preocupación sobre el desarrollo, considerando las nuevas condiciones que presentan las economías en el curso de una mayor internacionalización y creciente conglomeración productiva y financiera, conocida como globalización.

² Sobre la operación de estas agencias puede verse: Vázquez (1996).

El progreso, asociado a la industrialización, base de la noción de desarrollo

Hacia finales del siglo XVIII, el pensamiento de la Ilustración y el vigor de la Revolución francesa habían gestado una visión del futuro fincado en el progreso humano inevitable e irreversible, fundado en el crecimiento del comercio, la industria y la educación. Los historiadores documentan el proceso de gestación de la manufactura en Europa, el traslado desde los textiles de la lana a los textiles del algodón.³ Como lo destaca Carlos Fuentes: "Desde Condorcet (1743-1794) hasta Comte (1798-1857) la idea de un progreso constante y de un destino feliz dominó el desarrollo de la vida política y social, así como el de la educación europeas" (Fuentes, 1997). La historia registra la revolución industrial, la incorporación de la máquina de vapor a los procesos de manufactura y por ello la incorporación de una fuerza *artificial* en el proceso industrial.

La relación entre industrialización y progreso se multiplicó con el avance del siglo XIX. Aun los pensadores más críticos, veían en este hecho un indicador de progreso, en la medida en que el desarrollo de la industria lo era del capital, con lo que prevalecía la idea de que se afirmaba un orden social superior. Desde esta perspectiva, una vez que la invasión de México por Estados Unidos concluye, Engels escribe en la *Gaceta Renana* que la derrota de México representa progreso debido a que "...cuando un país hasta ahora perpetuamente devastado por la guerra civil y sin perspectivas de desarrollo... es arrastrado por la fuerza hacia el progreso histórico, no tenemos más alternativa que considerarlo un paso adelante" (citado por Fuentes, 1997: 30).

Esta idea europea de progreso, que con el desarrollo del capitalismo y su instauración en el norte de América se convirtió

³ En los capítulos intitulados "Cooperación", "División del trabajo" y "Manufactura, maquinaria y gran industria", Marx expuso a partir de la revisión de las obras de una multitud de historiadores de la época, el proceso de gestación de la manufactura y de la gran industria en Europa (Marx, 1974).

en occidental, ha marcado toda la reflexión sobre la posterior noción de desarrollo.

La manufactura no constituía una creación en la historia. Los ingleses al llegar a la India conocieron y desarticularon un amplio sistema de manufacturas. Desde el punto de vista técnico la manufactura textil, con base en el algodón, de Lancashire y de la orilla occidental de Yorkshire implicó conquistas equivalentes a las alcanzadas en China siglos antes (Bernal, 1973: 397-403). La diferencia fue la máquina de vapor y con mayor precisión, la nueva organización social de la producción, con la creación del sistema de la máquina-factura. "La energía de la máquina de vapor, en la industria textil, fue la que unió las dos ramas hasta entonces separadas de la industria pesada y la industria ligera, creando la compleja industria moderna que, desde sus orígenes británicos, se extendió por todo el mundo" (Bernal, 1973: 403).

Si la comprensión de los procesos sociales se modificó con la gestación del capitalismo, con la dinámica demográfica sucedió otro tanto. Hasta antes de la revolución industrial y la gestación de esta suerte de sociedad *artificial*, la población tuvo periodos de gran crecimiento, pero también de mermas, producto de hambrunas, guerras y epidemias. Según algunas fuentes, entre 1347 y 1348 la peste negra aniquiló entre la mitad y dos tercios de la población europea (George, 1973: 74). Los poblamientos rurales relativamente dispersos, que a veces permitían la aparición y el crecimiento de asentamientos urbanos inestables, comienzan a ser un dato del pasado. Como señala George a propósito de Europa y del movimiento poblacional que se vincula a la revolución industrial: "La evolución demográfica permanece afectada, surcada de crisis hasta 1750, dañada por una serie de epidemias, pero el carácter dominante es la migración de las regiones mineras y textiles, la primera manifestación del paso de un sistema de ocupación de un territorio a otro. Por primera vez en el mundo, se asiste a la transición de un poblamiento rural difuso y escalonado, por discontinuo que sea en algunas regiones... a un poblamiento concentrado, ligado a la presencia de la industria" (George, 1973: 80-81). George agrega

que los movimientos demográficos van hacia zonas que eran consideradas pobres y sus fuentes son, en muchos casos, regiones agrícolas tradicionales, antiguo símbolo de la riqueza. Las ciudades crecen y con el paso del tiempo se constituyen en un rasgo distintivo de progreso.

Actualmente hablamos de las megaciudades de los grandes centros conurbados, asiento de servicios, instituciones financieras, espacios de diversión; pero ahora ya se considera necesario expulsar de las ciudades a las grandes industrias, por lo menos a las consideradas prototipo de la gran industria. Aquellas que constituyeron la expresión misma del desarrollo y sustento económico de la gran urbe original.

Estamos nuevamente ante hechos que implican que la noción de desarrollo se transformará. Es, sin duda, un fenómeno influido por múltiples factores y no únicamente tiene que ver con las nuevas tendencias poblacionales o con los nuevos perfiles industriales.

La expansión de la economía y el progreso técnico son evidencia y objetivo del desarrollo

Los múltiples y más difundidos análisis sobre el curso de la situación económica en los últimos veinte años insisten en que el problema mayor es la inflación o su expectativa. También consideran que del lado del empleo y, por lo tanto, sobre el nivel de demanda hay poco que hacer. Este consenso en macroeconomía, como destaca la United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD), sostiene firmemente que: "...la inflación es invariablemente un problema mayor que el desempleo; que el crecimiento del producto depende primariamente de factores de la oferta y relativamente menos de la demanda efectiva; ...que un alto grado de desempleo es natural, que ese creciente desempleo es más un reflejo de rigideces artificiales en el mercado de trabajo que una quiebra de la demanda por producto final" (UNCTAD, 1994, IV).

Son muchos años de predominio del liberalismo o si se quiere

del neoliberalismo en el diseño de las políticas económicas por casi todo el mundo, e incluso en el contenido del pensamiento en economía. Uno de los resultados de este predominio es la sustitución de la noción de desarrollo por la idea de "...la máxima eficiencia y bienestar [que] se alcanzan cuando cada uno de los participantes en la producción y en el consumo está posibilitado para luchar por su mayor beneficio, es decir, cuando los productores procuren el máximo de lucro y los consumidores la más elevada satisfacción" (de la Peña, 1971: 2). Así, el tema central del desarrollo, transformación de las sociedades por el hombre en la búsqueda de satisfacer sus necesidades y de renovar sus aspiraciones (Furtado, 1980) se traslada a una racionalidad implícita en un sistema sin interferencias a la libre competencia. De esta manera, además, se evade todo proceso de cambio social "...que eventualmente condujese a la transformación radical del propio sistema" (de la Peña, 1971: 3). Se trata de una situación muy diferente de la que prevalecía en América Latina hace más de treinta años, en ciertos círculos académicos, gobiernos y organismos multilaterales de la región.

Hacia finales de los años cincuenta y principios de los sesenta en América Latina la noción de desarrollo se vinculaba fuertemente con la industria, la amplia creación de infraestructura agrícola y de transporte, que articulándose, hacían posible la expansión industrial de forma endógena y sostenida. La referencia a los procesos de desarrollo en Europa occidental y en Estados Unidos era una constante para avanzar en la reflexión. Incluso el análisis de los casos de industrialización tardía era incorporado. Por ejemplo, las contribuciones de Juan Noyola al análisis de los problemas del desarrollo económico, cuando plantea, después de haber realizado una revisión histórica, que una política de desarrollo necesita lograr la plena utilización de los recursos productivos, es decir liquidar las causas que generan la desocupación laboral, la subutilización de la tierra e impiden el uso pleno de la capacidad industrial instalada. Inmediatamente, insiste en que desarrollo económico significa industrialización, pero ésta debe avanzar al punto en que se vincule con la creación técnica.

En verdad un país o una sociedad sólo está en condiciones de crear su propia técnica cuando tiene una industria de bienes de capital más o menos desarrollada. Y además sólo entonces está en condiciones de hacer menos dependiente la formación de capital, y por consiguiente el crecimiento económico, de las fluctuaciones de la demanda externa o de cualquier otro tipo de problemas con el exterior, de las guerras, de las dificultades de transporte, etcétera (Noyola, 1978: 87).

Las ideas de Noyola incorporan la cuestión de la reforma agraria, del comercio exterior, la protección diferenciada de algunas actividades económicas, entre otros problemas. En este texto referimos sólo uno de sus énfasis centrales.

Esta referencia a la industria, formulada en relación con la productora de bienes de capital, obliga a una doble consideración histórica. La industria de los años cincuenta y sesenta del siglo XX es diferente a la existente en la primera mitad del siglo XIX; incluso el sistema de la máquina-factura es muy diferente respecto a la gran industria de esos años. Por ello, aun cuando la condición del desarrollo económico implica dotarse de una base industrial equiparable a la máquina-factura que prevalece en los puntos más dinámicos, hoy en día se plantea un cuestionamiento sobre la vigencia de aquella relación específica entre industria y desarrollo. A esta primera interrogante se añade la cuestión del actual modelo tecnológico-industrial, que es hoy día el más pertinente. Tanto por lo que toca al avance de la revolución de la informática, la llamada industria verde, etc., como por la dinámica industrial moderna expulsora de fuerza de trabajo.

La presencia de ambos cuestionamientos en la reconstrucción de la noción de desarrollo para los países latinoamericanos es hoy más importante, cuando la tendencia a la conglomeración y fuerte expansión transnacional en ciertas ramas, o la creación de una industria global, está implantando un modelo de relación industria-desarrollo cuestionado y cuestionable tanto desde el punto de vista de su sustentabilidad como desde su fuerza dinámica para generar empleo.

La segunda interrogante referente al modelo tecnológico-industrial nos sitúa, de lleno en el fondo del problema del desa-

rrollo, en la medida en que éste es ante todo un problema histórico. En ese sentido Furtado conceptualiza el desarrollo

como un proceso global de transformación de la sociedad, a nivel de los medios, pero también de los fines; proceso de acumulación y de ampliación de la capacidad productiva, pero también de la apropiación del producto social y de configuración de ese producto; división social del trabajo y cooperación, pero también estratificación social y dominación: introducción de nuevos productos y diversificación del consumo, pero también destrucción de valores y supresión de capacidad creadora (Furtado, 1980: 9).

La reducción de la noción de desarrollo a la de una marcha progresiva de la acumulación, conduce a la idea de eficiencia y por tanto de que la innovación tecnológica es su motor, dejando de lado la historia y desechando los procesos de cambio social. La permanente expansión de la economía y el progreso técnico se constituyen en la evidencia y en los objetivos del desarrollo. A esta noción de desarrollo Furtado opone otra en la que: "...en el empeño de realizar sus potencialidades, el hombre transforma el mundo y genera desarrollo" (Furtado, 1980: 7). Esta noción de transformación social presente en el desarrollo es borrada cuando "...en la base de toda reflexión sobre [el desarrollo] existe, explícita o implícitamente, una teoría general del hombre, una antropología filosófica [muy pobre, lo que conduce al] frecuente deslizamiento hacia el reduccionismo económico y sociológico" (Furtado, 1980: 7).

En la idea de la "evolución económica" como desarrollo están todavía presentes las nociones darwinistas del siglo pasado, las ideas evolucionistas basadas en un orden natural que se transforma con la supervivencia del más eficiente. Nuevamente lo que se debe criticar es el concepto de progreso, entendiendo que el desarrollo considera la diversidad, incluso como un dato para organizar los hechos económicos, así sea en su sentido más restringido, como hechos técnicos.

Alta productividad per capita y solución de necesidades sociales en las economías desarrolladas

¿Cómo podría plantearse en un sentido positivo la cuestión del desarrollo en el ámbito de la economía que, además, se haga cargo de las realidades que se describen cuando se habla de globalización? Al respecto se considera que un país o un espacio económico llega a la condición de desarrollo cuando cuenta con capacidad propia y autorreproducible para lograr aumentos significativos en la productividad *per capita*, los cuales resuelven sus necesidades sociales, ellas mismas en constante crecimiento fruto de la propia capacidad productiva. El punto es planteado por Maurice Byé desde 1960: "Una economía está plenamente desarrollada cuando su estructura es tal que la productividad *per capita* es tan alta que puede serlo habida cuenta de los recursos nacionales y mundiales y de los conocimientos técnicos disponibles" (De Bernis, 1996: 93). Por su parte, comentando a M. Byé, De Bernis insiste en que la noción de desarrollo refiere un proceso de largo plazo y sobre todo irreversible: "La transición de una estructura de productividad *per capita* relativamente débil a una estructura de productividad *per capita* relativamente más alta" (De Bernis, 1996: 93).

Al formular sus ideas, ambos autores están considerando la noción de desarrollo que en esos años sostiene F. Perroux, quien insiste en que "...el desarrollo es la combinación de cambios mentales y sociales de una población que se encuentra apta para hacer crecer, acumulativa y durablemente, su producto real global" (Perroux, 1964: 155). La noción de Perroux implica conformar y difundir una voluntad de desarrollo. Deben existir los grupos sociales y las instituciones a través de las cuales se generen y difundan las ideas de desarrollo. Como el mismo autor lo reconoce, en la historia se pueden distinguir economías que crecen y economías que se desarrollan a partir de la presencia de formas institucionales e ideológicas que impulsan no sólo altas tasas de crecimiento, sino también las condiciones para su sustentabilidad y durabilidad. Entre las formas institucionales se encuentran normas durables, jurídi-

cas, morales y sociales del empleo de los medios de producción.

El desarrollo entonces implica la identificación de necesidades sociales, que sin duda, están en transformación. También debe considerar a los sujetos sociales encargados de las tareas de desarrollo así como las formas institucionales en donde esto sea posible. Así, la noción de desarrollo -como se ha destacado en este ensayo- ha cambiado a lo largo de la historia y del pensamiento científico-social. Dichos cambios pueden ser analizados a la luz de la realidad histórica donde surgieron. Conceptos como riqueza, evolución, progreso, industrialización, crecimiento, han sido motivo de preocupaciones similares y también de notables diferencias en el ámbito de las diversas escuelas del pensamiento económico, las cuales han planteado, por tanto, políticas de desarrollo en contextos histórico-sociales concretos (Sunkel y Paz, 1970).

A continuación, considerando los planteamientos de Byé y Perroux, se analizarán otros elementos aportados por diversos autores, que según sus circunstancias y necesidades, han buscado responder preguntas equivalentes.

Por ejemplo, en Adam Smith la diferencia entre las naciones pobres y las naciones ricas, entre las naciones salvajes y las civilizadas y emprendedoras procede del "...progreso en las facultades productivas del trabajo, y el orden según el cual su producto se distribuye, naturalmente entre los diferentes rangos y condiciones del hombre en la sociedad" (Smith, 1981: 4). El origen del progreso de las facultades productivas del trabajo se encuentra en la división del mismo, división que a su vez está limitada por la extensión del mercado. A su vez la distribución del producto se hace entre salarios, beneficios y renta de la tierra.

Entre los fundadores de la economía política la noción de desarrollo como desenvolvimiento, como progreso, está determinada por su comprensión del funcionamiento de las sociedades, que se conciben como conjunto de individuos y unidades económicas que se comportan según leyes y principios naturales, de acuerdo con la filosofía del derecho natural que se difunde durante el siglo XVIII. Filosofía que descansa en los

principios de libertad individual, propiedad privada y derechos de sucesión que se desarrolló al inicio de la revolución industrial y que constituyen planteamientos indispensables para la ruptura del orden servil y monárquico absoluto que constituían un obstáculo para el ascenso de la nueva clase burguesa (Sunkel y Paz, 1970: 23).

La idea de evolución que tiene un origen esencialmente biológico también ha sellado el pensamiento económico y la noción de desarrollo fundamentalmente en el siglo XIX con una concepción evolucionista del proceso económico y es pilar del pensamiento económico neoclásico, por ejemplo para Alfred Marshall la evolución económica "...se concibe como un proceso de mutación gradual, espontánea y continua..." (Sunkel y Paz, 1970: 24).

Es propiamente con Keynes con quien dicha idea evolucionista y natural del proceso económico quedó rebasada, cuando la propia crisis de los años veinte y treinta la cuestionó profundamente. "La idea de desarrollo no comparte la noción de naturalidad y de espontaneidad que encierra la concepción evolucionista, ni la de mutación gradual y continua. Por el contrario, el desarrollo exige transformaciones profundas y deliberadas, cambios estructurales e institucionales, un proceso discontinuo de desequilibrios más que de equilibrio" (Sunkel y Paz, 1970: 24).

Desde Keynes y la crisis de los años veinte y treinta -al quedar rota la evidencia de la evolución económica natural- la idea del Estado como agente social capaz de plantearse objetivos de transformación económica quedó incorporada a las nociones sobre desarrollo.

A partir de considerar las economías desarrolladas, Keynes creía que entre los principales problemas de éstas estaba la extrema incapacidad de generar ocupación plena y la desigualdad en la distribución de la riqueza y el ingreso. De ahí que para Keynes la intervención estatal debiera de encaminarse a la socialización de la inversión y en impactar la distribución del ingreso. "La justicia social se beneficia en especial mediante programas que garanticen un volumen de empleo adecuado y

una distribución del ingreso y de la riqueza más conveniente. La eficiencia y la justicia exigen que la socialización de la inversión necesaria para asegurar la ocupación plena se combine con la eliminación de la escasez de capital y con la tasación directa (del ingreso y de la herencia) para obtener una adecuada distribución del ingreso" (Minsky, 1987: 159).

Para Keynes, el aumento en la propensión al consumo, en términos generales, es un aliciente a la inversión, mientras que la concentración de la riqueza y del ingreso son, en términos generales, un freno a ésta. Keynes sostiene que "...en las condiciones contemporáneas, el crecimiento de la riqueza, lejos de depender de la abstinencia de los ricos, como generalmente se supone, tiene más probabilidades de encontrar en ella un impedimento. Queda, pues, eliminada una de las principales justificaciones sociales de la gran desigualdad de la riqueza" (Keynes, 1992: 329). En Keynes el estímulo directo al mantenimiento de un nivel de inversión compatible con la ocupación plena no procede del subsidio fiscal, sino de políticas tendientes a la redistribución del ingreso que eleven la propensión al consumo. Keynes creía también que en tanto los gobiernos procurasen políticas de empleo pleno desarrollando sus mercados internos, el conflicto económico entre las naciones por alcanzar posiciones ventajosas en el mercado mundial podría ser manejado. Así, "Keynes consideraba que las tensiones entre las naciones ricas de Europa y de América surgían de la necesidad que sentían de exportar a fin de proteger el empleo interno, si no es que de aumentarlo mediante políticas de 'empobrecer a mi vecino'" (Minsky, 1987: 170). Finalmente, en Keynes existe un conjunto de orientaciones para que las economías crezcan ampliando el consumo y aumentando el ingreso. El resultado de este crecimiento, como lo señala M. Byé, será una elevación en el nivel de productividad *per capita*. Así, el crecimiento no se basa en la destrucción de los recursos productivos que lo hacen posible.

Ampliar el consumo de la población es una condición del desarrollo

La definición de desarrollo como "...el proceso por medio del cual se transforma una economía cuyo ingreso por habitante tiene una tasa de crecimiento pequeña o negativa, en una economía en la cual el ingreso por persona tiene una tasa significativa de incremento autosostenido como una característica permanente a largo plazo" (Adelman, 1961: 11) ha sido una de las más citadas en la literatura económica de la posguerra.

En esta noción de desarrollo, sobresalen las preocupaciones por el crecimiento económico que tuvieron una presencia en la posguerra derivadas de la crisis y el desempleo en los veinte y treinta y que condujeron a la aparición de las teorías del crecimiento. Sin embargo, en estas teorías "...no aparecen las ideas de diferenciación del sistema productivo, de cambios institucionales, de dependencia externa y otras [ideas] propias del desarrollo" (Sunkel y Paz, 1970: 25).

Los debates de la posguerra sobre desarrollo y subdesarrollo fueron enriquecedores de la noción de desarrollo. Vinculando éste a la necesidad de industrialización, el cambio social y político de América Latina, acentuando la acción estatal a través de políticas de desarrollo que impulsaran reformas estructurales.

La idea de Prebisch sobre desarrollo, si bien coincide en líneas generales con la teoría keynesiana y las teorías del crecimiento, se distingue porque concibe el sistema económico mundial dividido entre centro y periferia. Así, se entiende que el desarrollo económico se expresa en aumento en el bienestar social, reflejado en el incremento del ingreso por habitante, condicionado por el incremento en la productividad media del trabajo, la cual a su vez depende de la adopción de nuevos métodos de producción, de la incorporación del progreso científico-tecnológico (Rodríguez, 1980: 25).

En los conceptos centro-periferia existe la idea de un desarrollo desigual originario y, aunque no se estudia explícitamente, se les concibe como el resultado histórico de la forma en que se ha propagado el progreso técnico y de las relaciones de

intercambio que han privado entre ambos polos, de manera que la periferia pierde en el intercambio los frutos de su propio progreso técnico transfiriéndolos al centro.

Dicha idea de desarrollo desigual originario formulada en el marco de las visiones clásica y keynesiana, condujo a Prebisch a plantear como el eje central de la política de desarrollo el problema de la industrialización periférica y su conducción deliberada. Dicha industrialización periférica permitiría librar el problema de las transferencias de los frutos del progreso técnico, así como enfrentar los obstáculos estructurales al desarrollo.

Entre las principales críticas al enfoque estructuralista del subdesarrollo se encuentra aquella que señala que dichas aportaciones alcanzan su límite en cuanto el problema del desarrollo no involucra solamente la transformación de las estructuras productivas.

Las teorías cepalinas describen y examinan ciertos aspectos del desarrollo de las fuerzas productivas, pero no cubren ni se refieren a las relaciones de producción, así como tampoco a la forma en que ambas interactúan... puede afirmarse que para incorporar e integrar las relaciones de producción a dicho análisis... no sólo se requiere articular la argumentación en torno a la acumulación de capital, sino que es necesario encararla además, como un proceso de generación, apropiación y utilización del excedente económico (Rodríguez, 1980: 275).

Aún más, el análisis del desarrollo desigual originario se realiza solamente a partir de las pautas de la acumulación, diferenciación en productividades e ingresos que impulsan la transformación de las estructuras productivas reproduciendo la desigualdad. Con lo que se deja de lado la dinámica de la acumulación a escala mundial que "...puede favorecer, entorpecer o bloquear el crecimiento de la producción..." (Rodríguez, 1980: 276).

El carácter imitativo que subyace en la concepción del desarrollo estructuralista, se puede explicar precisamente por la promoción de los intereses de los grupos sociales más dinámicos. Sin embargo, el reconocimiento en los años sesenta del

carácter esencialmente excluyente y concentrador de la industrialización regional llevó a Prebisch a la consideración de la necesidad de un papel más activo de los estados nacionales, quienes a través de políticas activas de empleo y de distribución del ingreso podrían así conducir al afianzamiento de una alianza clasista en torno a las políticas de desarrollo. En gran medida, dicho análisis fue profundamente influido por las condiciones excepcionales del Estado de corte *populista* en diversos momentos y países en la región, alargándose y concibiéndose finalmente a éste como un agente plenamente autónomo en el proceso económico y social.

Las propuestas de política de desarrollo elaboradas por Prebisch y la CEPAL de los años cincuenta y sesenta, han sido profundamente cuestionadas por la crisis económica de los años ochenta en América Latina. Aún más, el renacimiento del liberalismo, la apertura comercial y las privatizaciones han restringido al mínimo la capacidad de gestión de los estados nacionales. Cuando precisamente la presencia de un Estado-nación es indispensable para la prosecución del desarrollo: "Gran parte del impulso detrás del movimiento hacia el desarrollo, no sólo es económico, sino que trata de constituir una nación que sea respetada en los foros mundiales" (Robinson, 1979: 10).

El cambio en la dinámica del desarrollo del capitalismo en el curso de la crisis actual, así como la probada ineficacia de las ideas liberales para impulsar el desarrollo, obliga a la reconsideración de los problemas del desarrollo.

Los objetivos en materia de desarrollo que finalmente se imponen en el curso de la historia proceden de las aspiraciones y capacidades de transformación de cierta correlación de fuerzas políticas y económicas entre los grupos sociales.

Hoy en día, en el contexto latinoamericano, no hay duda de que entre las aspiraciones de amplios grupos sociales subalternos se encuentra la superación de la pobreza. Keynes señalaba que la mejor manera de superar la pobreza es a través del consumo. Minsky señalaba que en la primera etapa de una política de desarrollo en un país en desarrollo debe alentarse la inversión para la producción de bienes de consumo o, de otra

manera, muy pronto esta estrategia se encontraría con problemas derivados de las necesidades de importación de estos bienes en función del incremento inicial de la demanda que genera el empleo (Minsky, 1991).

Alcanzar otro nivel de productividad *per capita* es un proceso que entre otras cosas implica no destruir los recursos propios cuando se desata la dinámica de crecimiento. La referencia es vital por los niveles de pobreza que han alcanzado nuestras sociedades. Diversos referentes sobre condiciones de vida, niveles de alimentación, educación y salud indican claramente que en los últimos años el mantenimiento de la pobreza y de la pobreza extrema afecta negativamente la condición de amplios sectores de la población, destruye una fuerza del proceso de desarrollo. Páginas antes se destaca que a lo largo del proceso de desarrollo el crecimiento de la producción de bienes de consumo y de bienes de capital deben acompañarse. Incluso, los énfasis en la industria de bienes de consumo no deben posponerse por la gran industria productora de máquinas. Ampliar el consumo de la población es una condición del desarrollo, sobre todo si partimos de poblaciones con importantes segmentos de desocupados y subempleados.

El consumo de desarrollo potencia la capacidad productiva de un país

Las experiencias de industrialización durante el siglo XX se han dado lo mismo en la India, que en Argelia, Brasil y México. Entre las más recientes está la de Corea del Sur. En la mayoría de los casos el resultado hasta el momento no ha sido el desarrollo en virtud de las situaciones de dependencia que se han constituido como parte de dichos procesos de industrialización. En un rápido resumen De Bernis recuerda que:

Tres países solamente, Inglaterra, Francia y más tarde Japón, se han industrializado a partir de sus propias fuerzas: nunca estuvieron en situación de dependencia, al contrario de los descuentos de valor que operaron sobre el

resto del mundo... Alemania y Estados Unidos recibieron una inversión masiva de los dos primeros países industrializados (De Bernis, 1995: 177-178).

En el caso de México, la experiencia de industrialización que más se ha analizado es la que se presentó después de la Revolución, propiamente a partir del régimen de Lázaro Cárdenas en los años cuarenta. Sin embargo, a finales del siglo XIX, cuando el capitalismo transitó por su primera gran crisis estructural de largo plazo existía un primer avance en la industrialización.⁴ La industria que nació en esos años utilizó métodos intensivos en capital y pronto tuvo una gran influencia en los mercados.⁵ Estas grandes firmas acotadas a pocas ramas de la actividad económica no crecieron apoyadas por un sistema bancario importante. Éste era muy incipiente, como también era prácticamente inexistente la incorporación de nuevas formas técnicas y de régimen de trabajo en la explotación de la tierra. Las élites dirigentes porfirianas no percibían la necesidad de cambios en estos espacios. Como destaca Haber:

México siguió una estrategia de industrialización basada en el uso intensivo del capital debido a que nadie pensó en otra manera de hacerlo... La clase dirigente porfiriana equiparó la manera extranjera de hacer las cosas con la modernidad, y a ésta con el progreso. Si México deseaba transformarse en una nación moderna, necesitaba entonces una planta manufacturera moderna como la de Estados Unidos o Inglaterra (Haber, 1992: 239).

Las grandes plantas fueron una suerte de páramos en diver-

⁴ Sobre la conceptualización de la crisis estructural y de largo plazo puede verse: Gerard de Bernis (1988). En particular el capítulo "Teoría de la regulación e historia de las crisis".

⁵ S. Haber afirma, por ejemplo: "La fuerza de este capital le permitió a el Buen Tono establecerse como el indiscutible gigante de industria cigarrera. La empresa no sólo controlaba aproximadamente 35% de la producción nacional -la maquinaria francesa con que contaba era capaz de producir anualmente unos 3 500 millones de cigarrillos-, sino que además logró adquirir suficientes acciones para controlar la segunda compañía cigarrera más importante del país, la Cigarrera Mexicana: pasó a ser propietaria de la mitad de su capital declarado, que era de 2 millones de pesos" (Haber, 1992: 127). Haber aporta información sobre otras ramas, tales como acero, cerveza, textil y sobre grandes empresas. Los signos son producción a gran escala, intensiva en capital y con gran influencia en los mercados.

sos desiertos. Haber destaca que pronto el crecimiento tuvo que ser sostenido por la protección y el subsidio del gobierno. Haber concluye que en contraste con Estados Unidos y Europa occidental en México

la producción de bienes de consumo no estableció eslabones hacia atrás ni hacia adelante con nuevos productos y procesos. Por ejemplo, la manufactura de textiles no alentó el desarrollo de una industria para la producción de maquinaria textil, lo que habría creado una demanda de industrias de maquinaria, herramientas y acero especializado, las cuales se hubiesen extendido a su vez a la fabricación de otros bienes de capital, como había ocurrido en las economías industriales avanzadas (Haber, 1992: 241).

Los encadenamientos no podían prosperar mientras que la situación del campo no cambiara radicalmente y amplios sectores de la población dejaran de ser los espectadores de esta creación manufacturera, por lo menos desde el lado del consumo.

La siguiente oleada de industrialización en México aconteció a finales de los años cuarenta y desde cierta lectura se prolongó durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, las cosas sucedieron con algunos matices que no pueden ignorarse. Primero en el régimen de Cárdenas el esfuerzo de inversión pública y de gestión estatal se concentró en infraestructura y obras para el fomento de las actividades agropecuarias. La profundización de la reforma agraria fue un antecedente fundamental para explicar esta política. Como se destaca en otro texto, las propuestas para desarrollar la siderurgia y la petroquímica no aparecieron hasta la década del cuarenta, precisamente en el curso de la guerra.⁶

El proceso de inversiones de capitales privados fue particularmente intenso en los años de la guerra y las relaciones con la economía de Estados Unidos se estrecharon.

En el curso de la guerra las relaciones con la economía norteamericana se incrementan y multiplican. En 1942 se firmó un tratado comercial México-Estados Unidos que implicó una significativa reducción en los aranceles aplicados a las importaciones en México. Un año después se creó la Comisión

⁶ Véase Vidal (1996). En particular consúltese los apartados 3 y 4.

México-Norteamericana de Cooperación Económica, gracias a cuyas gestiones nuestro país logró adquirir maquinaria de segunda para equipar la industria (Vidal, 1996: 64).

E. Gracida documenta el asunto ampliamente, entre otros en el caso de la fundación de Altos Hornos de México, precisamente con maquinaria desechada por sus propietarios en Estados Unidos.⁷ Esta industrialización no se vinculó a un esfuerzo de innovación técnica, pero tampoco a una mayor producción de bienes de capital. Así, en la segunda mitad de los años cuarenta el ingreso de capitales del exterior tuvo entre sus destinos más importantes la producción manufacturera, incluyendo la compra de firmas que hasta el momento estaban operando con capitales de nacionales. En los años siguientes la industrialización se frenó, las condiciones creadas en el campo con la reforma de años antes no se potenciaron. Los encadenamientos no se construyeron y el desarrollo se pospuso. Según A. Gerschenkron la experiencia histórica revela que "...cuanto más se demoró el desarrollo industrial de un país, tanto más explosivo fue el brote de su industrialización -cuando llegó a producirse-" (Gerschenkron, 1970: 74). Empero también Gerschenkron advierte sobre el intenso papel de la banca en unos casos y en otros de las finanzas públicas para financiar ese brote.⁸ El brote industrializador, su continuidad al punto de que efectivamente pueda modificar la composición del producto industrial, ampliar y diversificar el tamaño y tipos de empresas y la propia elevación de la productividad implica la generación de un proceso de desarrollo a diferencia de uno de crecimiento. Nuevamente la distinción está en Gerschenkron y la usa para caracterizar las industrializaciones de Europa central como la de Bulgaria en los años que van desde el comienzo del siglo XX hasta el fin del periodo de entreguerras (Gerschenkron, 1970: 180-182).

En la actualidad ¿cómo generar el brote industrializador,

⁷ Véase Gracida (1994). En particular el capítulo uno, el apartado intitulado: "La industrialización trunca".

⁸ Gerschenkron destaca el papel de la banca para el caso de Alemania; mientras que en Rusia es la política presupuestaria.

cómo financiarlo y cuál es el espacio económico en que es viable? Pero además ¿hasta dónde debe concentrarse en la industria o, por el contrario, debe hacerlo de manera específica en la electrónica y la informática? La última cuestión la encara G. de Bernis, cuando recupera la experiencia coreana, insistiendo en que la industrialización no empezó por estas ramas. Llegó más tarde y en ese momento "...las integró entonces en su sistema industrial, lo que les daba su coherencia, reforzaba y modernizaba las industrias más antiguas y aceleraba la exportación..." (De Bernis, 1995: 102). Pero además, las más diversas máquinas incorporan la electrónica, tienen contadores numéricos para regular su funcionamiento o están organizadas considerando la informática. Por lo que las antiguas ramas productoras de bienes de capital continúan siendo fundamentales, como también las productoras de bienes de consumo.

Actualmente, la industrialización para el desarrollo continúa siendo una necesidad, pero también la gestación de una base técnica propia que requiere investigación científica. Se requiere reproducir máquinas herramientas a mando numérico. La pregunta es si son necesarias en todo el espacio industrial o sólo en algunos. La diversificación aparece como una necesidad vital. Junto a ella un manejo diferenciado de la protección y los aranceles. Uno de los puntos clave es la producción en el campo. La protección a este sector en las más diversas experiencias de desarrollo es una constante y aún hoy existen diversas reglas que protegen a sectores o aspectos de la producción agrícola en los más variados países. Ha sido uno de los más importantes motivos de diferencias en el proceso de integración de la UE, pero aún es más importante cuando se establece en las relaciones de la UE con el resto del mundo. Puede agregarse que en el financiamiento del proceso de desarrollo el comercio exterior sigue desempeñando un papel clave, como también el sistema bancario. Lo que significa que las decisiones de inversión deben tomarse considerando la ampliación de la capacidad de producción, ampliación del consumo y del empleo.

Precisamente con el punto del consumo pueden concluirse estas reflexiones. Una de las dimensiones básicas del consumo

es el que puede definirse como *consumo de desarrollo*. De Bernis insiste en el punto, destacando tres componentes de este consumo: la alimentación, la mejoría de la salud y los avances en educación (De Bernis, 1995: 98-102). Son consumos que potencian la capacidad productiva del país, indican claramente que el crecimiento no se hace a costa de los recursos productivos y por el contrario es éste el que permite la satisfacción creciente de las necesidades sociales. Es un consumo que permite generar el cambio mental y social en la población para que se establezcan las condiciones del crecimiento acumulativo y durable. Asimismo, es un consumo que posibilita la transición de una estructura de productividad *per capita* relativamente débil a una estructura de productividad relativamente más alta.

ECONOMÍA Y TOTALIDAD

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO

El concepto de modelo

En las teorías del desarrollo se han propuesto diversos conceptos para caracterizarlo y definir sus etapas. Sin embargo, dependiendo de la teoría que se considere estos conceptos se refieren a diferentes niveles de la realidad.

El concepto más popular en América Latina fue el de *modelo de desarrollo* de la CEPAL. El *dependentismo* lo adaptó dándole un contenido de clase más claro. El concepto de modelo de desarrollo se centra en el nivel macroeconómico, con variables propias de la balanza de pagos y las cuentas nacionales. Principalmente se consideran: las relaciones entre industria y el sector primario; la dinámica de las exportaciones e importaciones de mercancías; la exportación de capitales y la intervención del Estado en los niveles anteriores, con políticas arancelarias, de precios, de tasas de cambio y de interés, así como su papel en la inversión productiva.

Desde estas consideraciones se derivó el concepto de *modelo de sustitución de importaciones* en el que el Estado tiene un peso destacado en la política económica. Esta política privilegió al sector industrial como motor del desarrollo; el cual fue protegido de la competencia externa; se le proporcionaron créditos blandos, se le apoyó con políticas de precios del sector primario y de las empresas paraestatales de donde obtuvo insumos y bienes salarios baratos para los trabajadores; la capacidad importadora de maquinaria y equipo se sostuvo con la exportación primaria y el gasto estatal productivo compensó las limitaciones de inversión del sector privado.

El regulacionismo, por su parte, propuso los conceptos *régi-*